

IGNACIO BERNAL Y GARCIA PIMENTEL

Nació en México, Distrito Federal, el 13 de febrero de 1910. Murió el 24 de enero de 1992.

Arqueólogo, historiador y diplomático. Fue director de Monumentos Prehispánicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del Museo Nacional de Antropología y del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Escribió: *Los calendarios de Durán* (1947); *Exploraciones en Coixtlahuaca* (1948-1949); *La cerámica grabada de Monte Albán* (1949); *Compendio de arte mesoamericano* (1950); *El complejo Q visto desde Monte Albán, Mesoamérica* (1950); *Distribución geográfica de las culturas de Monte Albán* (1950); *Nuevos descubrimientos en Acapulco* (1951); *Caso en Monte Albán. En homenaje a Alfonso Caso* (1951); *Cien años de arqueología mexicana* (1952); *La arqueología mexicana de 1880 a la fecha* (1952); *Remarks on the origin of Mesoamerican civilization* (1955); *Introducción a la arqueología* (1952); *Urnas en Oaxaca*, en colaboración con A. Caso (1952); y numerosos artículos.

Fuente: Ignacio Bernal. *Tenochtitlan en una isla*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959. 147-3 p., ils., mapas (Serie Historia II), p. 49-62.

LA CULTURA TEOTIHUACANA

En los primeros siglos después de Jesucristo se inicia ese período de la historia del México antiguo que llamamos generalmente época clásica. Representa el momento culminante en la evolución de toda la civilización mesoamericana. La duración de este período varía según las diferentes regiones; así, por ejemplo, en el valle de Oaxaca tal vez se extiende hasta el fin del siglo IX y aún un poco más tarde. Lo mismo parece ocurrir en la región del Petén de Guatemala, donde florece la cultura maya. La última estela de Uaxactún es erigida el 4 de mayo del año 889, de acuerdo con la correlación B. Dos otras ciudades de menor importancia, Xultún y Xamantún, indican la misma fecha y una placa de jade fue inscrita en el año 909. Con estas fechas finales desaparece para siempre el prodigioso sistema del calendario maya que puede considerarse como un símbolo del mundo clásico.

En los Valles Centrales, esta época parece ser más corta y terminar tal vez hacia mediados del siglo VII. Está marcada sobre todo por el apogeo y la desaparición de la ciudad de Teotihuacan.

Alrededor de las dos grandes pirámides del Sol y de la Luna, representantes del mundo precedente, va a construirse, a desarrollarse y más tarde a morir, la ciudad más grande del antiguo México. Por primera vez podemos utilizar la palabra ciudad en vez de pueblo o aldea, ya que en Teotihuacan efectivamente nos encontramos frente a frente, no de una cultura más o menos rural, sino de una civilización plenamente urbana.

Mucho se ha discutido el problema de las ciudades de Mesoamérica. Es evidente que en la mayor parte de los casos no podemos pensar en ciudades a nuestro estilo, ya que se trata de centros donde se reúnen, durante las fiestas o los días de mercado, los habitantes de los alrededores que viven en un círculo más o menos grande, en pequeñas aldeas, que "reconocen" ese sitio como su eje. El centro tiene en realidad muy pocos habitantes, aunque posea un número crecido de templos o de monumentos públicos y en él residen sacerdotes y gobernantes. Este parece haber sido el patrón general de las "ciudades" mayas. En cambio Teotihuacan, como más tarde Tenochtitlan, son ciudades a nuestro estilo ya que, además de constituir el centro, poseen una población fija numerosa. Ya no son mecas religiosas o mercados que sólo funcionan cada "semana", sino sitios con una población agrupada, una burocracia y distintas clases sociales que viven en barrios diferentes y en casas también de importancia diversa. A sus alrededores se extiende la población rural que las alimenta, esa sí, congregada en infinitas aldeas o pueblos.

La concentración de población en Teotihuacan —aparte de los templos o edificios públicos— debió ser muy considerable. Se han querido ver, en una ruina de los alrededores, los restos de una verdadera "casa de apartamentos". Aún si esto no fuera así, la cantidad fantástica de construcciones acumuladas, de restos, de objetos, en una palabra, de huellas humanas, indican una población aglomerada en una escala hasta entonces desconocida en Mesoamérica.

Nada sabemos del idioma de los teotihuacanos, y poco de su aspecto físico, ya que parecen haber tenido la mala costumbre —para nosotros los buscadores de tumbas— de quemar a sus muertos; tal vez por eso haya sido imposible encontrar

hasta ahora una sola tumba teotihuacana que pertenezca a esta época; conocemos, sin embargo, unos entierros en los alrededores o hechos algunos siglos más tarde, cuando ya la antigua capital se había convertido en una simple aldea provinciana.

El centro ceremonial fue trazado y construido a lo largo de un eje longitudinal representado por la gran calle central llamada hoy la Calle de los Muertos. Este nombre, por cierto de origen náhuatl, Micaotli, corresponde a un bautismo póstumo que no tiene valor histórico.

En el extremo norte de la gran calle se levanta la pirámide de la Luna, al centro de una plaza rodeada de templos y de habitaciones. Forman la calle otros templos y palacios, dominados por la masa de la pirámide del Sol. Al extremo opuesto —una vez atravesado el río— está la llamada Ciudadela, al centro de la cual se levanta el templo de Quetzalcóatl. Magníficas esculturas de piedra, representando las famosas serpientes de plumas, símbolo de este dios, adornan la fachada. Sus cabezas alternan con las máscaras de otra divinidad.

Más tarde, sobre este monumento, verdadero triunfo de la arquitectura ritual, fue construida una pirámide de líneas mucho más sencillas. Rodeada de una ancha muralla baja, de casi cuatrocientos metros de largo, combina armoniosamente las plataformas y los templos en un marco riguroso típico de la simetría teotihuacana. Resulta evidente que en este conjunto, como en toda la parte de la ciudad dedicada a fines religiosos, se buscó una belleza a base de grandes líneas rectas y austeras que no se complican con curvas u ornamentos. Este equilibrio de las formas, no sólo armoniza los monumentos, sino también el escenario de las montañas que los rodean. Parece haber una relación estética entre estas montañas y el contorno de la ciudad, que da al conjunto una impresión de eternidad.

Alrededor de la zona central, donde sólo existen templos y palacios dedicados a los sacerdotes, se extienden las colonias residenciales. Por todos lados aparecen casas en ruinas, de las cuales algunas han sido exploradas, revelando la existencia de varios tipos de habitaciones. Las más suntuosas consisten en un patio cuadrangular rodeado de aposentos o en conjuntos de varios de estos patios y cuartos que se añaden unos a otros para formar un palacio. En Teotihuacan encontramos por primera vez un estilo de arquitectura que continuará, casi sin cambio, hasta el fin del mundo indígena. Está basada en la combinación de un talud y un muro vertical decorado con un

tablero; las escaleras siempre llevan alfardas. Los muros están recubiertos de una capa de estuco blanco muy fino, frecuentemente pintado al fresco. Felizmente un gran número de estas pinturas, o por lo menos fragmentos de ellas, se han conservado y resultan verdaderos libros que nos permiten averiguar algo de la religión, las costumbres y la vida de los antiguos habitantes. Los temas principales de estas pinturas son de tipo religioso, pero se pueden distinguir, cuando menos, dos estilos diferentes.

El primero, con mucho el más frecuente, es el que llamáramos "oficial"; se representan sobre todo los dioses o los sacerdotes en pomposos atavíos. Los vestidos y los objetos que los acompañan permiten distinguir una divinidad de otra; es un vasto despliegue de máscaras, de plumas verdes, de vestidos de ceremonia bordados, de alhajas... Rodeando estas divinidades, sus atributos recuerdan los poderes de las figuras centrales. Así, por ejemplo, Tláloc, el dios de la lluvia, está enmarcado por motivos que hacen resaltar la importancia del agua, base de toda agricultura y uno de los temas de constante preocupación del hombre indígena. Vemos también hojas y flores acuáticas y glifos que desgraciadamente aún no podemos leer.

En el segundo estilo, aunque también de inspiración religiosa, ya no aparecen los dioses, sino los hombres que rinden homenaje a la divinidad o bien que, ya muertos, gozan de las delicias del paraíso. Es este último grupo el que nos permite reconstruir los vestidos, las joyas, los objetos, los juegos y aun ciertas actitudes y expresiones. En un fresco cuyo tema es el paraíso del dios de la lluvia, el Tlalocan, adonde van los ahogados así como los muertos por enfermedades mágicamente relacionadas con el agua, un artista anónimo pintó todo lo que los hombres consideran la perfección sobre la tierra. Vemos figuras que cantan, bailan o se bañan en un río, otras que juegan, todo ello en un jardín lleno de árboles, flores bellas o frutos deliciosos, en donde también se encuentran mariposas, pájaros y pescados.

Me parece que el interés principal de esta pintura es que indica, para nosotros, cual era el ideal o el desiderátum de vida de un pueblo muerto, cosa que tan rara vez puede encontrar el arqueólogo. Al representar un sitio paradisiaco, el artista teotihuacano nos enseña lo que él considera la vida perfecta, el sitio de todos los deleites, el lugar donde se dan en abun-

dancia todas las cosas que en la vida real son valiosas. El hombre siempre considera al cielo como el lugar donde se han de cumplir sus deseos terrenales, donde las cosas que conoce se vuelven fáciles y completas. Así esta pintura nos indica algo de la filosofía y de las aspiraciones, necesariamente basadas en la realidad concreta, del pueblo de Teotihuacan.

Se empleaban en las pinturas colores de tierra o vegetales. Los más frecuentes son el rojo oscuro, el bermellón, varias tonalidades que van del verde al azul turquesa y los amarillos.

La pintura indígena, desde la época teotihuacana hasta el fin, desconoció el claroscuro. Las figuras son planas y los colores siempre sin sombras. La perspectiva sólo se obtiene colocando más arriba las personas u objetos más lejanos; pero sin ocuparse para nada de disminuir su tamaño conforme se van alejando del espectador. El tamaño de las figuras está en relación a su importancia y no en relación a su distancia. Así, los dioses aparecen más grandes que los hombres.

No tenemos muchos ejemplares de la escultura teotihuacana, pero estos pocos revelan una técnica excelente y una concepción monumental, aun cuando se trate de objetos pequeños. Sin duda la estatua más importante que se haya conservado es la de una diosa, tal vez una diosa del agua, expuesta hoy en el Museo Nacional de México. Es un admirable ejemplo de esta estética teotihuacana que quiere simplificarlo todo, que traspone la realidad en geometría y conserva los elementos esenciales, suprimiendo todos los detalles. Después aparece un estilo menos austero en las esculturas del templo de Quetzalcóatl, en el magnífico vaso de mármol representando un tigre, conservado hoy en el Museo Británico, o bien en las "almenas" que remataban la fachada de las casas y que encontramos todavía más tarde en los códices mixtecas o en Tenochtitlan.

La producción de figurillas de barro es tan importante como en las épocas precedentes, pero la técnica es enteramente diferente; ya no se hacen a mano, sino en un molde. Los dioses se han industrializado. Estos mismos moldes, encontrados y utilizados por los habitantes de hoy en día, les permiten vender a los turistas una producción inacabable de figurillas que sólo son falsas a medias.

Al revés de lo que sucedía con las figurillas arcaicas, siempre anónimas, las teotihuacanas señalan en forma cada vez más precisa los rasgos de dioses concretos. Gracias a ellas, a las esculturas y a las pinturas, tenemos una lista de las divi-

nidades teotihuacanas. A excepción de los Tezcallipocas, que sólo se volverán importantes en la época tolteca, o después, todos los dioses están representados en Teotihuacan, incluyendo algunos que desaparecen con el fin de esta ciudad.

Tenemos también las cabecitas-retrato, tan notables por su naturalismo y la sencilla belleza de sus rasgos: frente amplia, nariz fina, pómulos ligeramente salientes y boca de admirable dibujo. Son una de las representaciones indígenas más cercanas a nuestra estética.

Además de tanto progreso en la arquitectura, la escultura y la pintura, Teotihuacan produjo una cantidad enorme de objetos diversos: cerámica de forma y técnicas variadas, joyas de jade o de piedra, en fin, esas mil pequeñas cosas que fabrica una población muy densa y refinada, habitando durante siglos el mismo lugar.

Teotihuacan es también la primera gran productora de máscaras de piedra en el antiguo México, aunque no la iniciadora de esta idea, que debió continuarse después entre toltecas y aztecas. Las máscaras teotihuacanas evidentemente no representan a una persona individual ni a un dios: reproducen siempre la misma cara triangular y angulosa de bellísimas facciones, serena y rígida. Se hacían en piedras duras de varias clases. Seguramente no eran máscaras para vivos, sino que se colocaban sobre el difunto para protegerlo y ampararlo de los hechizos. Los pómulos o una banda transversal se incrustaban a veces con plaquitas de jade.

Es sorprendente el número tan reducido de inscripciones jeroglíficas que se encuentran en Teotihuacan, sobre todo en comparación a la exuberancia de las inscripciones mayas de la misma época o a las bastante numerosas del valle de Oaxaca. Desde luego, la costumbre de erigir estelas de piedra no es característica de los valles centrales, ya que su presencia es siempre excepcional.

Largas caravanas de mercaderes se mueven de un extremo al otro de Mesoamérica para cambiar sus productos con los de las regiones tropicales. En esta forma la influencia de la gran ciudad del altiplano se esparce hasta la América Central. Teotihuacan envía cerámicas y objetos diversos que hemos encontrado en las tumbas de Monte Albán, en Oaxaca, o de Kaminaljuyu en el altiplano de Guatemala.

Irradia su influencia sobre Veracruz, sobre el Occidente de México y aún sobre los bárbaros del Norte. Todo ello nos in-

dica una era de paz y prosperidad, de transacciones comerciales y de intercambio de ideas entre pueblos diferentes; todo nos da la impresión de un gran desarrollo. Es muy posible que la frontera norte de Mesoamérica se ensanche a expensas de los nómadas y que en esa área nórdica se construyan ciudades que giran en la órbita cultural de Teotihuacan. Posiblemente estas mismas ciudades serán el foco de donde saldrán los invasores futuros. Teotihuacan, en su afán de expansión, crea a aquellos mismos que habrán de destruirla y pone los alacranes en su seno.

Otro resultado de esta época es la diferenciación de las áreas culturales de Mesoamérica. Mientras durante el arcaico, y aun en parte el formativo, los estilos tenían mucho de común entre sí y no habían surgido aún claras diferencias locales, de ahora en adelante se distinguen cuando menos el mundo maya y el no maya que llamaremos, anacrónicamente, mexicano. Esto no quiere decir que no haya una base común a estos dos mundos iniciada en el ya lejano arcaico y sostenida por la intercomunicación debida tal vez al comercio, sino que ciertos rasgos característicos de una área no pasan a la otra. Así en Teotihuacan no tenemos ni la estela, ni la falsa bóveda, ni el cero de la matemática maya. Curiosamente tampoco se ha encontrado nunca un juego de pelota.

Teotihuacan es el caso típico de una gran ciudad abierta, que no tiene la menor intención de defenderse, seguramente porque como se encontraba a la cabeza de un imperio no había enemigos que pensarán en atacarla. La serenidad de esta capital era verdaderamente imperial. Los dioses sembraban o traían la lluvia, pero rarísima vez estaban armados. La religión domina; sólo más tarde, en la época tolteca, los guerreros obtendrán el poder. Este mundo teotihuacano, guiado por dioses y sacerdotes, es un mundo teocrático que logra una época de esplendor hasta entonces sin precedente.

Pero pasan los siglos, la clase dirigente e ilustrada se transforma —como siempre— en una minoría dominante que oprime en vez de guiar y entonces aparecen los síntomas de la decadencia. Hacia el siglo VII, la ciudad pierde su poder creador y se disgrega interiormente. Su prestigio disminuye; entonces, como Roma al fin del Imperio, se convierte en una presa fácil para todos estos nómadas que la deseaban desde hacía mucho. Uno de esos grupos, más atrevido que los otros, se apodera de la vieja capital, la saquea y la incendia; las

huellas de este incendio son todavía visibles en las vigas carbonizadas que han ensuciado la blancura de los estucos y arrastrado en su caída a los espléndidos muros pintados.

Todavía hoy, después de mil años de abandono y de saqueo, la ciudad sagrada se conserva magnífica e imponente en la austeridad de sus espacios vacíos sabiamente combinados con la majestad de sus pirámides. Aquí todo se hizo para elevar el alma del espectador; no se trata de agradar sino de exaltar.